

EL FARO MURCIANO.

DIARIO DE INTERESES MATERIALES, ARTES, CIENCIAS Y LITERATURA.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MURCIA.		PUNTOS DE SUSCRICION.	FUERA DE MURCIA.	
Un mes.	8 reales.	En Murcia.—Librerías de Riera; Contraste y Príncipe Alfonso; de Sellés, Apóstoles; y en la Redaccion y Administración, Arco del Vizconde, 5, tercero.	Trimestre.	24 reales.
Tres idem.	20 »		Semestre.	42 »
Seis idem.	36 »		Año.	74 »

Domingo 10 de Mayo de 1868.

UNA PÁGINA DE GLORIA (a).

Era el día 2 de Mayo de 1808. Los últimos miembros de la familia real iban á alejarse de Madrid. El soldado de Tolón, el vencedor de las Pirámides, *el gigante fundido para la guerra*, no contento con tener en Francia al rey, quería alejar del suelo que codiciaba los últimos vástagos de aquella rama que ansiaba destruir. Los soldados vencedores en toda Europa se paseaban por Madrid y su presencia llenaba de ira á los que idolatraban el suelo que les vió nacer. Dispuestos los carruages, preparada la escolta, solo se esperaba á los régios viajeros. El pueblo, esa masa inmensa que bajo una ruda corteza encierra un corazón de oro, contemplaba silencioso y sombrío los preparativos de aquella marcha. Porque mientras unos pocos creían que era un beneficio para el país la intervencion del emperador francés en los asuntos de España, la mayoría adivinaba los verdaderos designios del que hacia reyes á su capricho, y derrumbaba tronos á su antojo. Y habia visto con disgusto la marcha del rey y asistia lleno de cólera á la marcha de los infantes D. Francisco y D. Antonio. Y el furor rugia en sus pechos y pensamientos de oposicion bullia en su mente. La mina estaba perfectamente cargada y solo se necesitaba la mecha que la prendiera fuego. Una mujer fué la encargada de hacerlo y lo historia no nos ha conservado el nombre de esa mujer. —«*Que nos los lleven,*» (1) dijo. Y en estas lacónicas frases iba encerrado

todo un mundo de reproches, de cólera y de dolor. Aplicada la mecha, la mina estalló inmediatamente. Arroja el pueblo sobre los carruages, corta los tirantes que sujetaban los caballos y los infantes permanecen en Madrid. Pero al mismo tiempo Murat, el soldado de fortuna, el gran Duque de Berg, el generalísimo de las tropas francesas en España, noticioso de la agitacion que reinaba entre los madrileños, desembocaba en la Plaza de Palacio al frente de un batallon de infantería y dos piezas de artillería. El orgulloso conquistador, el hombre que tenia que vengar de aquel mismo pueblo la *silva* de que fué objeto el domingo anterior al regreso de la revista que pasó á sus tropas, olvidándose de la humanidad, y de cuanto para semejantes casos está prevenido, dá sus órdenes y de súbito escúchase una detonacion inmensa á la que contestan cien gritos de agonía y un clamoreo infinito de venganza. Las palabras de una mujer, y la imprudencia de un hombre, produjeron una de las guerras mas titánicas de los tiempos modernos. La multitud sorprendida pero no aterrada; indignada y llena de venganza, corre y abandona la plaza, no para huir cobardemente, no para encerrarse en su casa, sino para buscar un arma con que herir á quien la heria. «*A las armas*» esclaman los madrileños, y desarmados corren, y armados tornan á presentarse frente al invasor. El que no encuentra un trabuco ni un mosquete, coge la escopeta de caza, y quien con un sable enmohecido, quien con un hierro sugeto á la punta de un palo, quien con su baston, hacen de todos los objetos armas que esgrimir contra el enemigo comun. La libertad pelagra, la independenciam se encuentra amenazada y quien no peleará hasta demandar la última gota de su sangre por tan caras prendas?

«Antes la muerte que la esclavitud» grita el pueblo y arrostra impávido la metralla francesa y resiste el choque de la infantería y no solamente resiste sino que ataca tambien. Gritos unidos con el son de los clarines y el estrépitoso batir de los tambores, se escuchan por todas partes. Los franceses que acuden á sus puestos son sorprendidos aisladamente y ó mueren á manos de una multitud indignada ó compran la vida al vergonzoso precio de rendir las armas. Con los gritos que suben al cielo, se cruzan los ladrillos arrojados desde las obras, con las piedras, con los tiestos, con el agua hirviendo y con cuanto puede convertirse en manos de un pueblo irritado en arma para exterminar al que le ofende. Los inexorables madrileños ganan cien laureles á la par en cien combates distintos. Los límites de la generosidad son traspasados por los del odio y del encono denodado. Y sin embargo el pueblo estaba solo. Las autoridades ó débiles ó neutrales permanecian inactivas. Encerradas las tropas en los cuarteles; bramando de cólera oficiales y soldados, encadenados por la disciplina, no podian ayudar á sus hermanos. Y el pueblo luchaba y luchaba con un ejército aguerrido. Ejército que estaba mandado por el gran Duque de Berg que adivinando que habia de suceder algun día lo que pasaba, habia tomado sus medidas con anticipacion eligiendo para cuarteles los puntos mas estratégicos de la poblacion. Mas apesar de todo, un puñado de valientes tenia en jaque á todo aquel ejército. Y aquel puñado de valientes capitaneados por dos héroes, hace chocar y romperse contra los débiles muros del parque de Monteleon las tres columnas de infantería mandadas para apoderarse de él. Pero lo que el valor no puede, la traicion lo consigue.

(a) Este artículo estaba dispuesto para publicarse el Domingo anterior, aniversario glorioso de un gran acontecimiento. Una descomposicion en la forma impidió su publicación aquel dia.
(1) Histórico.